

Llega BERTA a casa, aterrorizada.

BERTA: ¡Niños! ¡Traed todas las revistas de la escuela que encontréis y echadlas al fuego!

ÁNGEL: ¿Por qué?

BERTA: Son peligrosas.

ÁNGEL: Pero nos costó mucho hacerlas, madre...

BERTA: ¿Sabéis lo que acaba de decirme Juana? Que ayer, en Briviesca, sacaron a don Antonio en una camioneta, desnudo como Dios lo trajo al mundo, para que todo el mundo lo viera bien. Que le arrancaron uñas y dientes, que daba pena verlo. Que había gente que le gritaba y le lanzaba cosas. Seguro que vuestro padre también estaba allí con el maestro. Y Jaime... ¡Ay, Dios mío...!

MANUEL: Jaime no, madre... *(Pausa.)* Se fueron con Isabel a casa de la que le da clases de costura. Una tal Florentina. Me hicieron jurar que no diría nada...

BERTA rompe por la mitad algunas revistas y las tira a la lumbre.

BERTA: Voy a ver si encuentro más. Que no quede ni una.

BERTA sale. Mientras MANUEL echa más leña al fuego, ÁNGEL observa las revistas rotas y, disimuladamente, coge un par y se las esconde bajo la ropa, sin que MANUEL se de cuenta.

MANUEL: Vamos, Ángel. Al fuego.

MANUEL y ÁNGEL tiran el resto de revistas al fuego.

NUÑO, ÁNGEL, CASILDA y REMEDIOS observan una pira de libros y revistas reducida a cenizas.

REMEDIOS: No es justo. ¿Para qué tenían que quemar nuestras revistas? Si no tenían nada malo...

ÁNGEL: ¡Ellos sí que son malos!

CASILDA: *(flojo)* ¡Que te van a oír los militares, no grites!

ÁNGEL: Quieren hacerle daño a mi padre, y él no ha hecho nada. ¡Mi padre no ha hecho nada!

CASILDA: ¡Jolines, Ángel! Yo me voy, que nos la vamos a ganar.

REMEDIOS: Voy contigo.

Salen REMEDIOS y CASILDA. ÁNGEL revuelve entre las cenizas y encuentra la caja metálica donde el maestro les trajo las caracolas. La limpia un poco por encima, y la abre.

ÁNGEL: ¡Mira, las caracolas no se han quemado!

Saca las revistas que llevaba escondidas bajo la ropa y las mete dentro de la caja.

NUÑO: ¿Te la vas a llevar? Como te registren los militares...

ÁNGEL: Mm... *(Pausa)* ¿Y si la enterramos? Sólo tú y yo sabremos que está aquí.

NUÑO: ¡Venga!

ÁNGEL: No podemos decírselo a nadie, ¿eh? Pase lo que pase.

NUÑO: Pase lo que pase.

Escarban y entierran la caja. Silencio.

NUÑO: Oye... ¿Sabéis algo de tu padre y de Jaime?

ÁNGEL: No...

NUÑO: Nosotros tampoco sabemos nada de Isabel. *(Pausa)* Mis padres están pasándolo muy mal. Mi madre se pasa el día rezando y llorando. *(Pausa)* Tengo mucho miedo, Ángel.

Pausa.

ÁNGEL: ¿Puedes guardar otro secreto?

NUÑO: Claro.

ÁNGEL: Pero éste sí que es... vamos, que no puedes contarlo ni aunque te maten.

NUÑO: No se lo digo a nadie.

ÁNGEL: Pero es que a nadie de nadie. Ni a tus padres.

NUÑO: Te lo juro.

Pausa.

ÁNGEL: Isabel y Jaime se escondieron en casa de la mujer que la da clases de costura a ella, en Briviesca.

NUÑO: ¿Donde la Florentina?

ÁNGEL: ¡Ésa! Pero no puedes decírselo a nadie. Si se enteran los militares, irán a por ellos. Júralo.

NUÑO: *(se escupe la mano)* Juramento de escupitajo.

ÁNGEL: *(hace lo mismo)* Juramento de escupitajo.

Encajan las manos.

JÚLIA está en su cuarto, a oscuras. Da vueltas en la cama.

JÚLIA:

Mañana por la mañana me reúno con Remedios, por fin. Los nervios no me dejan dormir.

Se incorpora y enciende la luz de la mesita. Ve a alguien al lado de la puerta y se asusta.

JÚLIA: ¡Yayo! ¡Qué susto, joder...!

YAYO: *(agitado)* ¿Dónde está?

JÚLIA: ¿Qué...?

El YAYO le muestra la foto de ÁNGEL con sus hermanos.

YAYO: ¿Lo has visto? ¿Qué te ha dicho? ¿Dónde está? ¿Qué te ha contado?

JÚLIA: Yayo, tranquilo...

YAYO: ¿Dónde está Ángel? ¿Qué te ha dicho?

JÚLIA: No lo he visto, yayo... No me ha dicho nada. Murió, yayo. Ángel murió.

Pausa.

YAYO: ¿Murió?

JÚLIA: Sí.

Silencio. El YAYO se sienta en la cama y llora.

YAYO: Yo no lo sabía...

JÚLIA: Yayo...

YAYO: Yo no quería. No, no. Yo no lo sabía, lo juro. Era mi amigo, mi amigo.

JÚLIA: ¿Ángel?

YAYO: ¿Por qué los mataron? A todos. A todos, todos, pobrecitos. A mi amigo...

JÚLIA: Yayo, escúchame. Tranquilo. Mírame. Yayo, a él no lo mataron. ¿Me oyes? Ángel murió hace poco, de viejecito. Y tuvo hijos y nietos.

YAYO: ¿Hijos y nietos?

JÚLIA: Sí.

Pausa.

YAYO: Están aquí, ¿verdad? Han venido a buscarla, ¿verdad?

JÚLIA: ¿El qué, yayo?

YAYO: Que no se la lleven, por favor...

JÚLIA: ¿El qué?

YAYO: Diles que me perdonen. Tú díselo. Pero que no se la lleven, por favor...

JÚLIA: No te entiendo, yayo. ¿Que no se lleven el qué?

YAYO: Lo siento, lo siento, lo siento...

El YAYO le da la foto de MIGUEL y se levanta de la cama.

JÚLIA: Yayo, no te entiendo. Tranquilo. No pasa nada, no están aquí. Tranquilo. Nadie se llevará nada. Pero me tienes que contar qué te pasa. ¿Por qué dices esas cosas? No te entiendo. Dímelo, para que pueda ayudarte. ¿Qué es lo que no quieres que se lleven? ¿Una caja...?

YAYO: ¡No, no, no...!

Entra la YAYA.

YAYA: ¡Míralo! Ay, Nuño, Nuño... ¿Ahora vas despertando al personal?

JÚLIA: No pasa nada, yaya... Ya estaba despierta.

YAYA: ¿Y qué hacías tú despierta, a estas horas?

YAYO: Venga, hombre, a la cama ya...

YAYA: ¡Míralo, eso digo yo! Vente conmigo la cama, anda.

YAYO: Ay, picarona...

YAYA: Tira para allá, so sinvergüenza. (a JÚLIA) Últimamente hace estas cosas.

YAYO: Venga, venga, Asunción. A la cama, a la cama.

YAYA: Que sí, que sí. Buenas noches, tesoro. Y duérmete tú también.

JÚLIA: Sí, sí... Buenas noches.

YAYO: "Asunción, Asunción, si me quieres dímelo..."

La YAYA y el YAYO salen.